

La Aurora.

PERIODICO SEMANAL

DE

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.



INTRODUCCION.



L proyectar la nueva empresa del periódico *la Aurora* el orden de todos sus trabajos, creyó que para dejar menos incompleta la obra que se proponia, era preciso tratar de reunir todos los medios conducentes al logro de su objeto, y mostrar la utilidad que el público alcanzase. Era necesario dirigirse á todos, porque de esta manera, excitando en cada clase y en cada profesion una nueva necesidad, se hacia indispensable satisfacerla: y no verificándolo; se habia de seguir por precision que nuestra empresa no tomase el vuelo que deseamos. Por eso nuestras tareas, consagradas esclusivamente al pueblo siempre heróico, tendrán por objeto preferente recordarle sus antiguas glorias, y hacerle conocer, en cuanto esté de nuestra parte, los inmensos productos que puede sacar de un suelo, tan privilegiado por la naturaleza cual otro de la deliciosa Hesperia.

Hemos querido reunir con preferencia todos los recursos pecuniarios, indispensables para garantir á nuestro periódico una existencia robusta; porque estamos persuadidos de que sin estas prevenciones, los mejores proyectos descaecen; ó tal vez son perdidos algunos gérmenes, que desarrollados, llenarian cumplidamente su objeto. Ejemplos mil pudieran contarse de planes bien organizados en todas sus partes, perdidos para sus autores por no haber cuidado de fundamentarlos, perdidos para el público, porque tal vez ha perjudicado á los adelantos del talento el desgraciado éxito que tuvieron. En esta parte tenemos mucho que agradecer á infinitas personas, conocidas de los zaragozanos por su generosidad y desinterés: pues tan pronto como les hemos insinuado que se trataba de la glo-

ria de Zaragoza; nos han brindado con sus bolsillos, nunca cerrados para el pueblo ni para promover los adelantos en las ciencias y en las artes. Si nuestro ensayo obtiene del público el favor que esperamos; si conseguimos despertar en los aragoneses el amor al estudio, y en los españoles todos el sentimiento de no haber nacido en este suelo, famoso por los acontecimientos que en él se han sucedido; á esos hombres benéficos y amantes de su pais se deberá todo el desarrollo intelectual que promovamos. Nosotros no nos atrevemos á afirmar ni prometer lo que quizá no podamos cumplir, y por eso tal vez algunos nos tachen de demasiado parcós. Aragoneses en todo, queremos que nuestros hechos precedan á las promesas, y este será el medio mas escelente para que el público se convenza de la sinceridad de nuestras palabras.

Sin embargo queremos hacer conocer á los lectores lo que proyectamos; y que, si nos favorecen, realizaremos tan pronto como nos sea posible.

Zaragoza, rica de recuerdos históricos y adornada de algunos monumentos que pueden servir para el estudio del arte desde la época mas remota, merecia que plumas mejor tajadas se hubiesen ocupado mucho tiempo antes en hacerlos conocer, en publicarlos y en describir minuciosamente los hechos con cuyo motivo fueron elevados. Desde los tiempos de Augusto es conocida como pueblo de importancia: municipio romano, colonia inmune, dotada de privilegios y consideraciones de toda clase, empezó desde luego á descollar en esta parte de España. Tal vez algun dia logremos dar noticias que, bien por su novedad, bien por el orden de su colocacion, llamen la atencion de los zaragozanos á los tiempos en que este pueblo comenzaba su carrera.

En la dominacion de los árabes la vemos desde luego cabeza de un reino, que estendia

el terror hasta las mismas crestas del Pirineo resistir al pie de cuatro siglos á la restauracion española. Los pocos descendientes de los godos, que refugiados en las asperezas de los montes, echan los fundamentos de la libertad de su patria, nombrándose un gobierno exclusivamente para ellos, sin cederse ellos al gobierno; se preparan animosos á la reconquista, afianzándose desde luego en fortalezas edificadas entre breñas. El creyente no penetra en los barrancos sino para no salir, y muerte fiera es el castigo que sufrirán los que intenten profanar el sagrado recinto del reino de Sobrarbe. Pero el terreno desaparece bajo los pies de la multitud, el círculo es estrecho para tanta gente; la carestía hace sentir la necesidad de buscar otro suelo mas fértil, y el aragonés mide desde picos cubiertos de eterna nieve el auchuroso campo que se le abre al medio dia, do pueda eternizar su memoria en esclarecidas bazañas. El pueblo, que siente un recuerdo de su origen germano, se nombra gefes valientes y animosos para dirigirle en sus empresas contra los enemigos de la religion y de la patria; y un sin fin de escuadrones se arrojan denodados á la guerra. Entonces el musulman tiembla en su trono y resiste en el reino de Huesca al torrente apenas salido de su origen. La que mereció el honroso dictado de *ciudad vencedora* detiene la marcha guerrera de tres reyes, ve morir á uno bajo sus muros, y resiste obstinada á la ruda presion que sobre ella ejercen los montañeses armados. En vano llama en su apoyo á las armas de los moros de Zaragoza: en vano el Rey de Castilla quiere coadyuvar ciegamente á los planes de sus mismos enemigos, y dominado de la baja pasion de los celos, junta un poderoso ejército contra el monarca aragonés: el valeroso Don Pedro abandona el sitio de Huesca para ir á sembrar el campo de Alcoráz de cabezas de reyezuelos, cuyos estados serán pronto presa del pueblo que conduce á la victoria. El ejército combinado sufre la mas espantosa derrota, la cagital se rinde, y el aragonés triunfante se apresura á ennoblecer su nueva conquista con las cuatro cabezas morunas.

Parecia que al genio guerrero de los aragoneses, debiera bastar haber fijado sus reales, la corte misma en el llano; y que, al menos por algun tiempo, esperasen á asegurar su nueva conquista. Mas no es posible detenerlos en su marcha, y avanzan

poco á poco al medio dia para ir á sitiar por el oriente á Zaragoza, de la misma manera que ya casi la dominan por el norte. Semejantes al gavilan suspendido en los aires sobre la alondra, tienen en el Castellar una atalaya desde la cual talan y destruyen el pais enemigo sin riesgo alguno. Alfajarin por la ribera del Ebro amenaza desde el pie de las montañas con una invasion atrevida á los pueblos de la ribera derecha. La negra corneja de sus inquietos barones parece desde la alta torre dirigir su vista mas allá de los últimos montes que á su frente divisa. En fin, bajo el reinado de D. Alonso el Batallador, la corte de los vasallos de los almorabides viene á poder de los descendientes de sus antiguos señores, despues de cuatro siglos de opresion, decorado su escudo con la cruz arzobispal y las cuatro torres, indicio fortisimo de la valentía de sus hijos.

Entonces el pueblo ya se esparce en la llanura y admira el terror de sus enemigos, los cuales pierden de dia en dia campos y paises que pueden competir con los celebrados de la Bética. Y por comparar al mismo tiempo la fertilidad y abundancia de estos con los suyos, une sus armas con las castellanas para ir á vengar los agravios de la cristiandad en las Navas de Tolosa. Allí Garcia Romeu, don Gimeno Cornel, don Aznar Pardo, don Atoella, don Miguel de Luesia, Gimeno de Ayvar, don Rodrigo de Lizana, don Ramon Folchs, don Guillen de Cervera, Berenguer de Peramola y otros muchos barones y caballeros aragoneses y catalanes dan pruebas repetidas de su valor y ardimiento: el mismo rey don Pedro II riega con su sangre el suelo andaluz; y al esfuerzo de Aragon parece el nombre y poder de los almohades, los mas poderosos de toda la morisma. Bajo el mando de un Jaime conquistan á Mallorca y fundan en las Baleares un nuevo reino; el de Valencia pasa despues de una larga guerra á poder del Conquistador y sus valientes; y sus intentos de purgar de los árabes á España, comienzan ya á recibir formas diplomáticas entre las coronas aragonesa y castellana.

Entretanto que al exterior se ostentan los aragoneses como nacion destinada á empresas heróicas, en lo interior se estremece la tierra al furor de las guerras particulares. Sus orgullosos barones apenas ceden la primacia de honor á la potestad real; se complacen en humillarla y presentarse ante el mundo co-

mo Señores independientes, que no reconocen superior en lo temporal. Las guerras particulares se suceden sin interrupcion unas á otras, escediendo la postrera en crueldad y destruccion á la que la precedió. Una parte del pueblo es víctima triste y desgraciada de las estorsiones de los Ricos-hombres; y á veces el mismo tribunal del Justicia necesita interponer su poderoso influjo y autoridad, á fin de detener el curso de la destruccion y del pillaje. Pero en otras comarcas la clase media goza de la libertad bien entendida: gobernada por sí misma, dirime por sus fueros particulares las contiendas entre sus habitantes; y rica porque es libre, puede ofrecer al ejército que vá á conquistar á Valencia abundantes y frescas provisiones. El poder real entre tanto, saliendo como de la nada en que le constituyeren los antiguos fueros, olvida paulatinamente las condiciones con que fué creado: el *regnum in pace et justicia gerito* vá perdiendo poco á poco la fuerza del concepto, porque las violencias de los Señores, las adquisiciones de las iglesias, y la multiplicacion prodigiosa de los institutos religiosos, hacen que el pueblo no vea el término, á donde á lo lejos le conducen sus monarcas; y que estos puedan preparar los materiales del camino, por donde pasáran Pedro IV y Fernando el Católico para concluir en Felipe II de Castilla. El furor y la violencia de los Ricos-hombres llega á ensañarse contra el mismo rey don Jaime I, teniéndole preso en la Azuda de la puerta de Toledo, de donde su valor y prudencia le sacan á despecho de su tío el infante don Fernando. Tiembla casi el mismo monarca en Burbáguena ante la osadía de los conjurados, y solo compra su seguridad á precio de la cabeza de Pedro de Ahonés. Los pueblos de la montaña de Jaca, fatigados de repetidas exacciones, y previendo su ruina si no adoptan una resolucion enérgica para reprimirlas; consultan á su seguridad, sin hacer caso del gefe del Estado, que solo en medio de su corte, apenas tiene un consejero á quien haga fiel depositario de sus secretos. El privilegio de la Union les sirve de enseña, y los caminos quedan limpios de facinerosos.

Desde entonces se presenta una era nueva en la constitucion del Reino y en la legislacion porque se rige; los fueros que yacian esparcidos son compilados en un cuerpo legal; y el estudio del derecho se generaliza y

fomenta en las escuelas. La piedad religiosa de los reyes deja por do quier monumentos de un celo ardiente: el comercio y las fábricas prosperan, porque la seguridad empieza á existir para los hombres pacíficos. Hasta de aquí el hombre de guerra era el que casi únicamente disfrutaba de los beneficios de las instituciones; algunas ciudades, respetables por su poblacion y sus medios de defensa, enfrenaban algun tanto la codicia de los *guerreantes*. Mas ahora ya el orden y el concierto firmemente establecidos, permiten á los aragoneses y catalanes llevar sus denodados almugavares á las cortes de Sicilia: para teñir sus venablos en sangre francesa. La serie de sus victorias termina en la Asia, y acaban por alcanzar á su rey el título ilustre de Duque de Atenas y de Neopatria.

En adelante las rudas costumbres se dulcifican algun tanto, y sin rebajarse en lo mas mínimo el esfuerzo de sus hijos, admiten los aragoneses á los trovadores provenzales. La gaya ciencia domina en el palacio; los poetas arrancan aplausos y coronas de gloria inmarcesible, cantando la hermosura de las damas y las proezas de los héroes; las justas y los torneos dan ancho palenque, do apuestos caballeros recuerdan por distraccion el crudo rumor de las batallas; y las cañas y las sortijas ocupan de continuo la atencion de la corte. Pero el rey vela: la alma del estado está fija en su fin de elevarse sobre todo lo que la rodea; contrapuesta á los grandes entre sí; y cuando los mira divididos; se apresta á disponer las revueltas y los motines, y promover las discordias con obstinada resistencia á lo que exige la situacion del reino, para despues de derrotar á los confederados en Epila, rasgar con su puñal el mas ilustre de los privilegios del pueblo aragones.

Aquí comenzó la libertad aragonesa á recibir los rudos golpes que tanto la habian menguado en tiempo de don Fernando el Católico. Entonces, alteradas por la inquisicion las formas de proceder en los procesos, y haciendo admitir la confiscacion de bienes en delitos de heregía ó judaismo sin hacer conocer á los acusados los nombres de los testigos; los magistrados y barones que un tiempo hacian temblar al mismo rey en su trono, bajan la cabeza, y ofrecen bajo juramento perseguir á los hereges y sus fautores y á los que estén infamados de aquellos delitos y fautoria; y delatar á cualquiera que supiesen haber incur-

ruido en aquel delito. Así, bajo el mentido pretesto de defender y hacer guardar y cumplir la Fé con todas sus fuerzas; se desarman y privan de los medios de conservar la libertad del reino. Aquellos mismos soldados, que tres siglos antes apenas hallaban en toda la tierra persona ni cuerpo alguno que resistiese sus violencias, aunque á disgusto, se pliegan bajo el poder omnipotente que concede á los inquisidores la sagaz política de Fernando. Entonces comienza un cortísimo periodo de conjuraciones y de revueltas, que finaliza en el término de un año con la muerte de los que asesinan al maestro Epila. El poder teocrático se apoya en el trono para dominar universalmente; la corona sostiene al clero porque le sirve de auxilio poderoso para ahogar el último soplo de libertad. En fin, de alteracion en alteracion y de motin en motin el Mercado de Zaragoza llega á ver cortada la cabeza del último de sus Justicias, mártir de la constancia y valentía que usó en defender los sacrosantos fueros; y la esclavitud mas vergonzosa es patrimonio del pueblo mas libre. Desde entonces Aragon pierde su esencia, su gobierno, su existencia política, y por una extrañeza que tal vez parecerá inconcebible, el país que dió á Castilla el rey que reunió las dos coronas, se convierte en una provincia subalterna.

Esta larga época ligeramente trazada en este discurso, es peculiar de Aragon, y en ella sola podremos encontrar los rasgos característicos del talento y del genio aragones. Fuera tarea larga enumerar uno por uno todos los hechos grandiosos que contiene, capaces por sí solos de hacernos formar un concepto muy aproximado á la exactitud de las marañas y usos de la corte. Allí vemos retratadas al vivo la prudencia en el consejo de un don Bernaldo de Cabrera, y la obstinacion de los condes de Luna y de los señores de Alfajarín. Admiramos el amor á la independencía, y la altivez no menos que la severidad de los aragoneses, al contemplar la preciosa garantía de que disfrutaban, escudados por el remedio de la firma ante el Justicia: vemos en los privilegios generales sembrados profusamente principios eminentemente libres, y hallamos la razon de sus costumbres en las leyes que rigen en aquellos tiempos tal vez sin razon llamados *de ignorancia*. No ha habido aquí la opresion que en otros países; y así es que el hombre no ha buscado desaguaderos de su

mal humor ó de la sátira contra los gobernantes ó los clérigos, edificando monumentos nacionales. Alguna iglesia, muy pocas casas particulares, atalayas y fortalezas que defiendan el país de las incursiones del enemigo, son las únicas obras donde por casualidad encontramos una creacion exclusivamente aragonesa. Los arquitectos ó alarifes copian lo que encuentran en los pueblos que van arrancando á los moros, y las mezquitas son convertidas en templos católicos. Si cerca del extremo de la época descrita vemos alzarse orgullosas las elevadas columnatas de la catedral de la Seo de Zaragoza; es mas bien para manifestar que llegan hasta España algunos preceptos del arte que domina entonces en Europa, y al cual bien pronto ahogará la prensa de Maguncia. El sol que se eleva en Alemania no está destinado á apagar ningun ingenio de artista del otro lado de los Pirineos. El pensamiento español ha tenido sobrado que hacer para arrojarse de su patria á los usurpadores; y ocupado de continuo en discurrir medios de defensa ó de ataque, apenas ha podido pensar un instante en escribir en una página de piedra alguno de tantos hechos heroicos como cuenta en su historia. Por esto sin duda es Aragon tan escaso de monumentos que signifiquen una hazaña, una conquista ó una revolucion: ó tal vez porque su suelo ha sido palenque glorioso de tantas y tan diversas, que necesita ocuparlo todo para elevar los correspondientes á su grandeza; han preferido sus moradores encomendarlas á sus hijos por la tradición.


Desde Carlos I en adelante se encuentran en verdad historiadores, muchos jurisconsultos, algunos poetas, un Goyay, un Bayeu; pero si los primeros conservan acaso un carácter pronunciadamente de su país; los restantes se confunden con los demas talentos españoles, y el no ser ya la corte Zaragoza arranca de este suelo los claros ingenios que de vez en cuando produce.

A manifestar pues algunos de los términos de esta progresion se dirigirán con preferencia nuestros escritos. Estamos persuadidos de que hay mucho que admirar dentro del reino para que vayamos á otras provincias ó tal vez á naciones estrañas, á fin de estudiar en ellas lo que nos hace falta. Una historia bastantemente bien tejida, regular exactitud é imparcialidad es lo que nos hace falta, despreocupacion para contarlos, franqueza y su poqui-

to de filosofía en el conjunto; tales son las dotes que encontramos en nuestros analistas, escritores políticos y crónicas antiguas. En ellos debemos beber copia de datos para decidir las infinitas cuestiones que cada día nos ocurren en lo político, y ocupar útilmente las horas en que necesita el hombre descansar de trabajos enteramente manuales. Trataremos en cuanto alcancen nuestras fuerzas de cumplir este deber que nos imponemos gustosos, así como después de plantificada la empresa con la extensión posible, se dirigirá nuestro anhelo á exceder las esperanzas y deseos de nuestros favorecedores. Si llegamos á conseguirlo; la gratitud del país es el único premio á que aspiramos.

J. M. B.

DEL TEATRO.

uando consideramos los brillantes discursos que sobre este asunto han presentado diferentes ingenios tanto nacionales como extranjeros, temblamos ensayar nuestra débil pluma; pero sin que pretendamos acertar, espondremos sencillamente nuestro parecer sobre objeto tan interesante. No seremos nosotros los que digamos que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública. Hemos oído muchas veces á personas de conocida sensatez y de un juicio en gran manera respetable, que no puede considerarse mas que como un mero pasatiempo: y sin embargo no hemos podido convencernos de esta proposición, ya porque creamos ver en la experiencia de todos los días hechos que demuestran lo contrario; ya por habernos llegado á persuadir que una parte del público saca de las representaciones teatrales otra cosa mas que la mera diversion.

A nuestro pobre juicio es el teatro un libro donde va á leer el público todas las noches: y así como un libro redactado para el buen régimen y sosten de una sociedad, no debería contener especies perniciosas al bien de la misma; así los espectáculos que se ofrezcan al público deben ser en nuestro concepto un conjunto de lecciones de virtud, honradez y patriotismo. Los que convengan en que el teatro influye en las costumbres

de un pueblo, convendrán desde luego en que no viendo nada malo los espectadores, nada malo podrán leer, nada malo podrán aprender. Y los que no opinen de este modo y digan que el teatro no es mas que una mera diversion ó pasatiempo, no creemos sean tan malvados que les divierta ver entronizado el suicidio, el adulterio, el horror de las pasiones desencadenadas, en una palabra la virtud hollada y el vicio triunfante. Sea enhorabuena el teatro nada mas que una diversion, pero no se pierda de vista el sublime precepto *Lectorem delectando pariterque monendo.*

No entraremos á hablar respecto del teatro de los griegos y romanos. La gallarda pluma del célebre y profundo escritor D. Alberto Lista lo verificó en un periódico de Cádiz con el tino y maestría que tiene de costumbre, á la que jamás llegaremos nosotros.

Hace ya siglos se inculcó la máxima de que las producciones dramáticas debían ser una imitación de perfectas y virtuosas acciones: un espejo de lo que pasa: una imagen de la verdad. El Abate Andres atribuye los colosales adelantos literarios de un pueblo célebre de la antigüedad, á la diversion de un teatro arreglado, añadiendo que un buen drama enriquece el entendimiento y lo ilustra. Muy probable es que los gobiernos que nos han precedido conocieran toda la extensión de esta verdad, y por ello tratarán en todas épocas de mantener al público esta clase de diversiones, que podrían considerarse como resultado de una finísima política: y decimos política, porque el crear buenos ciudadanos por medios indirectos y tan suaves en nuestro concepto, como son las buenas representaciones teatrales; es una de las claves ó resortes de la difícil ciencia de ilustrar los pueblos.

Los trastornos y convulsiones civiles que en diferentes tiempos han agitado la España invadieron la escena como era regular, y he aquí declarada á nuestro modo de ver la causa de los diferentes grados de altura y decadencia de nuestros teatros: de la introducción del bueno y mal gusto: de la mayor ó menor consideración concedida á nuestros escritores y poetas. Pero de todos modos preciso es confesar que la España tuvo en todos tiempos hombres esclarecidos en literatura, y de cuyas obras han sacado cual de rica y abundante mina, inmensas rique-

zas literarias, esos extranjeros que en todas épocas han sido considerados como los fa-
nales del saber europeo. Lo decimos con
noble orgullo: y responderán de nuestro
aserto los muchos seres inmortales, que en-
noblecen el Parnaso español.

Segun la ley de partida que tenemos á
la vista, opinamos que á mediados del si-
glo 13 tuvo principio la escena española:
pues de dicha ley se colige que por aquel
tiempo habia ciertas representaciones de ob-
jetos religiosos y profanos. Las producciones
de aquella edad se habian de resentir con
precision de muchos defectos, y como espuso
el eminente literato Jovellanos, la rudeza de
la poesía y la falta de cultura de aquella
época, unida á la esterilidad de los mismos
objetos, debieron retardar la perfeccion de
este espectáculo. Segun los tiempos y la paz
que se disfrutaba, asi fueron los adelantos y
decadencia de la escena española; conviniendo
con el citado Jovellanos en que debieron me-
jorar aquellos débiles ensayos dramáticos, cuan-
do empezó á cultivarse con mas método la
poesía vulgar á principios del siglo 15 en
que la corte de Aragon, alegre y galante cual
ninguna, se dió á ejercitarla y protegerla bajo
el nombre de gaya ciencia, y en que la de
Castilla la vió reducida á arte por el célebre
D. Enrique de Villena. Entonces dice este
brillante literato, las *eglogas*, y *villanescas*
puestas en accion, los *decires* y *diálogos*, es-
pecies todas de breves y mal formados dra-
mas, se mezclaban á los festines de la no-
bleza, y los hacian mas plausibles. Siguieron
los tiempos, y miles de producciones bajo dife-
rentes títulos se agolparon á la escena; pero
pocas serán aquellas en que se haya hecho de
la poesía un tráfico tan públicamente escan-
daloso como en nuestros dias con la introduc-
cion de esa escuela llamada romántica. ¡Qué
degradacion! ¡qué bajeza! Siempre hemos
creido que el nombre de poeta llevaba en-
vuelta dentro de sí la idea del mérito, y del
talento; siempre lo hemos considerado como
un ser privilegiado que descollaba entre los
demas, y por eso hemos dicho mas de una
vez que la aristocracia del talento era la mas
grande de todas, era imperecedera. Volvamos
la vista á los tiempos antiguos y modernos, y
veremos corroborada esta idea. Pero se intro-
dujo este género, y vimos aparecer en la es-
cena diferentes producciones dramáticas que
ruborizan hasta á los hombres mas libertinos;

unas producciones que ridiculizan la virtud
y que proponen la maldad, puesto que sus
protagonistas llegan por el camino del crimen
á obtener los goces terrenos, á que el hom-
bre aspira siempre en este mundo. Prescindi-
mos de sus magníficas descripciones, de la
elegancia y valentia de su estilo; pues conve-
nimos con el eminente Lista que no puede
haber belleza sin virtud, que toda obra que
produce resultados perniciosos á la moral es
mala en literatura, y nada es tan deforme,
tan asqueroso, como la inmoralidad, porque se
opone á la primera de todas las bellezas, que
es la virtud.

No quisiéramos que, por el hecho de desple-
gar nuestra indignacion contra esos dramas ro-
mánticos venidos allende de los Pirineos, se cre-
yera que envolviamos en el anatema las liber-
tades concedidas á los que cultivan aquel gé-
nero. Nuestra oposicion se limita al desmedido
uso que se ha hecho de esa libertad literaria, y
sobre todo al propósito criminal de entronizar
el vicio, despreciando la bella, la consoladora
virtud. Por lo demas estamos perfectamente
convencidos, y convenimos con los que han
sentado que cada siglo tiene sus exigencias, que
el poeta debe copiar á la naturaleza; que en
las bellas artes no debe preguntarse á que es-
cuela pertenece una obra, desechándola, sino es
la que seguimos; no: reconocemos que solo de-
be verse si es bueno ó malo lo que se nos pre-
senta. Ultimamente estamos persuadidos de la
verdad de aquellas palabras sentadas por el jo-
ven que todavia lloramos, el malhadado Larra:
á saber, que ni la naturaleza es tan comedida y
corta de genio y recursos, tan moderada y en-
cajonada como la vistieron los clásicos, ni es
tan desordenada y violenta como los románti-
cos la disfrazan.

Hecha esta aclaracion desde luego conoce-
rán nuestros lectores al punto, á que se dirigen
nuestras miras. Todo lo que sea pintar el vi-
cio con atractivos, será siempre malo para no-
sotros; jamás le daremos pase.

Haya enhorabuena esa libertad en literatu-
ra; pero no se confunda la libertad con la li-
cencia. Conocemos la esclavitud de las reglas,
lo que ligan al genio las unidades, y por ello
queremos que estas ligaduras se flojen. Que
esas ballas se hagan mas pequeñas en disposi-
cion que el poeta pueda saltarlas alguna vez;
pero no que se ponga una mina á los antiguos
preceptos, y se pierdan sus cenizas en los aires.
Un fuerte alubion arranca la Arista en vez de
vivificarla: una benigna lluvia la robustece y
da lozanía. Usese de esa libertad como la han
usado algunos poetas españoles y varios jóvenes
sobresalientes, entre ellos el Sr. Hartzembusch

en su inapreciable drama los amantes de Teruel, el sublime español que tan dignamente evocó de la tumba á nuestro Abelardo y Eloisa, el que no sabemos decir como escribe mejor, si en prosa ó en verso. Usese de esa libertad como la ha usado nuestro amigo, nuestra delicia y orgullo D. Miguel Agustín Príncipe en su colosal producción el Conde D. Julian, y recientemente otros compatriotas nuestros, en quienes con razón funda sus más lisonjeras esperanzas la literatura aragonesa. En una palabra, todo lo que sea escitar á la virtud y la gloria, presentar acontecimientos patrióticos, y acciones heroicas, siempre será bueno para nosotros, pertenezca al género que quiera. Toda producción que se desvie de estos principios será mala en su esencia, por más que esté enriquecida con los mejores atavíos y con todas las galas de la poesía y la elocuencia. Este es nuestro humilde modo de pensar. No sabemos si acertamos.

M. G y A.

EL ZAPATERO Y EL REY.

Drama en 4 actos, del Sr. Zorrilla.

El autor de *Cada cual con su razón* se ha presentado nuevamente al público con una producción más, añadiendo una hoja á las muchas que de laurel tenía en su frente. Ambicioso por adquirir un nombre, lo ha conseguido completamente, y en nuestro concepto no han de ser efímeras sus obras, como las de otros muchos poetas sus contemporáneos.

El Sr. Zorrilla ha abierto nuestra historia y ha elegido un reinado fecundísimo en acontecimientos; lo ha estudiado bien, ha medido sus alcances y ha tomado su pluma para escribir un drama en que *D. Pedro el Cruel* tuviera la mejor parte, y apareciese como soldado más valiente que prudente capitán.

Afición mostró el autor hacia el asunto sobre que ha hecho girar su drama cuando ya en el *Semanario Pintoresco* publicó un romance con el título de *el Rey en la procesion*, y fundado también en el mismo argumento de su nueva obra. Si ha conseguido ó no el objeto de presentar dignamente al rey D. Pedro en la escena, como en una previa dedicatoria indica haber intentado; esto los críticos lo dirán mejor que nosotros. Tenemos un cuasi respeto al Sr. Zorrilla, no nos creemos capaces de juzgarle, y el drama tiene abundantes bellezas; razones todas que unidas á la modestia y mérito del autor, nos impiden hacer un análisis detenido de su obra, aunque no de esponer algunas reflexiones que acerca del desempeño nos ocurren.

Peligroso es haber de luchar con las reminiscencias de un autor célebre, y constituirse rival suyo en cierto modo: solo el genio puede superar la veneración hacia la antigüedad de que habla Plinio, y que tan racional encontramos, especialmente cuando hay motivo para tal acatamiento. Solo el genio puede emanciparse de todas las reglas, porque para él no las hay, constituido como se halla en legislador. Por eso Hartzembusch se burló de la regla que ahora asentamos, al mejorar notabilísimamente la pasión trágica de los *Aman-*

tes de Teruel, que autores de mérito habían tomado por asunto de sus dramas.

No era empero igual el caso, en que el Sr. Zorrilla se encontraba. Moreto había escrito su *Rey valiente y justiciero*, haciéndolo pasar triunfante á la posteridad. El público conocía este drama, y su índole ó su mérito, ó circunstancias particulares acaso, lo hicieron favorito de los artistas más acreditados. La lucha, pues, era desigual; la victoria más dudosa; primer inconveniente del *Zapatero y el Rey*.

Bien delineado nos parece el carácter de D. Pedro en el drama de Zorrilla, pero nos parece mejor todavía en el de Moreto. En este es... *valiente y justiciero*: no sabemos con qué adjetivos podamos calificarle mejor; pero en aquel es temible, sardónico, sagaz y valeroso. En el de Moreto es justo por naturaleza, sin ser cruel; en el de Zorrilla es severo por necesidad, sin ser grande. En el primero es más caballero, en el segundo es más rey. Ambos no obstante son más bien justicieros que tiranos.

Otra razón hay para que en el drama del autor moderno salga D. Pedro más desfavorecido que en el del antiguo. Hay en el primero cierta Doña Aldonza Coronel, carácter bastardo y odioso, y cuyo padre

pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
á una mujer le dieron su cabeza.

Los proyectos de venganza de la Coronel despiertan á cada paso la atención hacia la crueldad de D. Pedro, lo cual le favorece bien poco á decir verdad.

El drama en general es lánguido, y por interés que tenga carece de movimiento. No es en nuestro concepto una de las composiciones que más honor hacen á nuestro moderno repertorio, como en la corte se ha dicho. Nútrese principalmente con la proyectada venganza del hijo de un zapatero, con la conspiración de los nobles y de Doña Aldonza, con los disfraces y ardid del rey. Todo esto no basta, y como no hay más personaje que absorba la atención sino este último, y este no puede desplegar sino furtiva y oblicuamente su carácter; de aquí se deduce que el drama no es de aquellos que ponen en juego grandes pasiones, ni que infunden grandes efectos. No es *Margarita de Borgoña* por su interés, ni *el Trovador* por su desempeño.

El disfraz que el rey adopta para oír con él lo que á cierto majico debía decirse, nos parece que, aunque productor de bellezas y de buenas situaciones, no es del mejor gusto. El espectador sabe lo que en realidad debía ignorar, se rie de los torpemente engañados y se admira de la generosa confianza que con él tiene el rey. El público en nuestro concepto debe saber casi siempre tan poco como el que menos de los personajes dramáticos. Si de todo se halla enterado, aquella escena, en que se trate de engañar ó desengañar á cualquiera, la tendrá él por nula, ó al menos irá ya previendo los afectos que en ella hayan de espresarse.

Por lo que hace al ardid de Doña Aldonza, que se deja enamorar del rey para mejor dirigir contra él los tiros de su venganza, diremos que ignorando su legítimo esposo tan osada determinación, arriesgó mucho el honor de ambos, á lo menos temporalmente, bien que ella se conforma fácilmente con esta idea; y hablando de su honor cuando los conspiradores se preparan á vengarla, dice con imponderable y atinada maestría:

¡Guzmán! tiempo há que á réditos le puse.
Y hoy que á crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.

Pasemos á la versificación: ésta es fluida, numerosa y natural, como no podía menos de suceder siendo de Zorrilla. No quisiéramos sin embargo que hubiera dejado por corregir ciertos lunarillos, que solo son reparables en las manos de un crítico, pero que á poca cos-

ta pudieran desaparecer: tales son, entre otros, el hacer consonar á luz con virtud y colocar algunos asonantes próximos en metro de consonancia.

El lenguaje es bueno en general, pero parece que el autor, ó ha equivocado el carácter de D. Pedro (que no lo creemos), ó ha pensado realzarlo con la vulgaridad de algunos conceptos y comparaciones; que citaremos: *Dan en tierra de narices; pies de plomo. necesita esta aventura; si habla mucho, le acogoto; Eh, largo de aquí; ¿Quién es este záfio; mas lo correji bien listo; idos y callad el pico.* Todo esto lo dice un rey: téngase presente.

En nuestro concepto deben evitarse, cuanto posible sea, tan bajas espresiones, aunque salgan de la boca de quien realmente deba emitir las: es licencia poética muy bien concedida, y que el poeta debe adoptar en beneficio suyo.

Si con tal franqueza, rigor é imparcialidad hemos notado los que defectos nos han parecido, justo será que citemos con placer, pero en resumen las bellezas de que abunda *el Zapatero y el Rey.*

Es bello casi todo el primer acto; dramática la muerte de Diego Perez el zapatero; cuya lengua calla para siempre, cuando impaciente D. Pedro esperaba oír de ella una declaración: es arrogante la respuesta de este, que á las voces de *Castilla por D. Enrique!* replica con entereza: *Castilla por Pedro el Cruel;* son característicos casi todos los monólogos que D. Pedro tiene; y son valientes y oportunos en fin muchísimos pensamientos, entre los cuales descuella este del segundo acto:

Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia;
que tan hombre es en conciencia
como el rey el zapatero.

Y el siguiente de la segunda parte del cuarto acto:

Yo haré que mi reino quede
con honra como español,
y haré ver que solo el sol
tenerle debajo puede.

Esto es inimitable, y digno de su privilegiado autor.

Réstanos aconsejar al Sr. Zorrilla (y nuestra misma rigidez nos pone á cubierto de parecer aduladores) que desoiga á los que, como un buen escritor de la córte, le aconsejen el abandono de la carrera dramática. Puede hacer mucho en ella, y ya lo ha hecho: tiene talento, tiene españolismo, tiene facilidad; y sobre todo hierve en sus venas la sangre de la juventud. El que así principia, puede ser un Lope en el número de sus obras, y un Calderon en el mérito, sin que nos pongamos ahora á discutir si el género de Lope y Calderon ha muerto para siempre, ó debe resucitar.

De la ejecucion nada diremos: fue descuidadísima y lo que es peor no entendida. A escepcion del actor que representó á Blas, el cual hizo laudables esfuerzos y estudió su papel, todos estuvieron flojísimos y eclipsaron, como cuerpos muy opacos, algunas de las bellezas que la obra contenia. Habríamos de ser muy largos si diésemos á los actores los consejos, que su representacion nos sugirió. Otro dia lo haremos y por hoy (pasando á otra cosa) diremos al Sr. Zafrané que la política es muy buena pero á su tiempo, como un literato dijo al mismo propósito que nosotros. Decimoslo porque á un aplauso, que no sabemos quien lo obtuvo, si el poeta ó el actor, se mostró éste tan agradecido que no pudo menos de hacer una cortesía al público sin acordarse de que entonces no era Zafrané, sino D. Pedro el Cruel que salia del escenario, y que ningun punto de contacto tenia con el público de Zaragoza, ni con el siglo XIX. = G. B.

FLORESTA.

Escriben de San Petersburgo que Mr. lle Taglioni ha recibido á titulo de presente un soberbio carruaje tirado de cuatro caballos con su cochero ruso de larga y flotante barba, y con destino esclusivo para conducir á este artista á los ensayos y representaciones del Teatro. En la delantera del carruaje hay una figura de bronce representando á Mr. lle Taglioni en el baile de la *Gitana*. El carruaje está guarnecido de ricas cebellinas y sobre los adornos de los caballos hay mas de 2000 campanillas de plata. Todo San Petersburgo se pone en movimiento cuando esta estraña música resuena por las calles y todos admiran la esplendidez del carruaje.

HUESCA Y ABRIL 27 DE 1840.

SS. Redactores de la *Aurora*. = Muy señores míos: Sirvause VV. dar cabida en su instructivo periódico á la siguiente comunicacion.

Amante siempre de sus glorias la capital del alto Aragon, no podia permanecer pasiva en una época en que tantos establecimientos literarios se han creado en varias ciudades de la Monarquía.

Sintióse animada la juventud oscense con el deseo de establecer un Liceo artistico y literario; y no bien ha transcurrido un mes desde que concibió tan feliz pensamiento, cuando ya tiene el placer de haber inaugurado sus trabajos con las representaciones dramáticas que en la noche del 21 del actual se ejecutaron por la seccion de declamacion.

Aprobado el reglamento en la Junta general del 25 del actual, se procedió á la eleccion de los funcionarios que componen la Junta gubernativa del Liceo; y resultaron electos Don Tomás Villanoba presidente, D. Pedro Perea, vice-presidente, D. Blas María Naya y D. Faustino Español consiliarios, D. Ambrosio Voto Nasarre y D. Mariano de Lasala y Larruga secretarios, D. Nicolás Pedros depositario, D. Mariano Castanera contador, y D. Pedro María Escudero bibliotecario.

Si como es de esperar se fomenta el entusiasmo que todos sienten por la prosperidad del Liceo, llegará indudablemente al grado de perfeccion de que son dignos los institutos de su clase.

Con este motivo se ofrece á disposicion de VV. su afectísimo Q. B. S. M. = M. de L. y L.

E. R. = A. U. Roquer.

Zaragoza. Imprenta de Peiro. = Coso núm. 116.